

Enrique Pérez Díaz



Enrique PÉREZ DÍAZ (La Habana, 1958) es escritor, periodista, crítico, investigador y editor. Entre sus abundantes relatos infantiles (*Inventarse un amigo* (1993), *Minicuentos de hadas* (1992), *El último deseo* (1994), *Sombras del circo* (1994), *Cazador de sueños* (1998) *Legendas de los últimos unicornios* (2001)...), hay algunos poemarios como *Versos al nunca jamás* (2009). Con ellas ha obtenido premios como "La Edad de Oro", "Pinos Nuevos", "Ismaelillo", "Abril". Preside desde 1993 la Sección de Literatura Infantil de la UNEAC y es vicepresidente del Comité Cubano del IBBY y editor de *Gente Nueva*.

La poesía de Martí en La Edad de Oro

Sumergirse en el universo literario de José Martí es asomarse, como expresara el trovador cubano Silvio Rodríguez, "al dulce abismo", el abismo que nos sobrecoge por su belleza y nos llena de nuevos palpitos y emociones. Maestro como pocos en el arte de la prosa poética, el Héroe Nacional de Cuba fue capaz, en solo cuatro números de *La Edad de Oro*, una revista que la posteridad convirtió en libro, de llevar a la infancia, todo su conocimiento del mundo de manera exquisita e inefable. Se puede decir que con ese espíritu reivindicador siempre presente en cada acto o pensamiento de su vida, escribió de todo lo humano y lo divino con deseo de trascenderlo, que no solo reflejarlo.

Ese mismo sentido ético que presidió cada acto de su existencia, le llevó a volcar en los niños el amor que rezumaba su persona, todo el caudal de emociones por lo leído-vivido-experimentado-soñado o anhelado y precisamente eso dejan traslucir los pocos, pero esclarecedores documentos (llamémosle así) que pensó y escribió específicamente para los niños. En este sentido, *La Edad de Oro*, que vio la luz en julio de 1889 para fenecer pronto solo cuatro meses después, en octubre de aquel mismo año y también en sus *Cartas a María* (Mantilla), la niña amada, el pensador de América volcó un caudal de ética e ideales de los más puros, como ocurre en su *Ismaelillo*, libro de sentidos versos dedicado a su hijo y que, si bien están pensados para un chico, representan ese tipo de literatura no escrita específicamente "para niños", porque su incidencia en el lector trasciende cualquier edad. Asomarse pues, a *La Edad de Oro*, ese monumento de la literatura infantil cubana (en realidad, latinoamericana y universal), ese audaz ejercicio docente —sin retóricas ni didactismos, sin falsas poses peyorativas o paternalistas hacia el niño— representa una aventura tan seductora como peligrosa, tan llena de hallazgos como de sorpresas, tan atrevida como respetuosa. En primer lugar, la obra permite que el lector, niño o adulto, se adentre al mundo de José Martí, de ese siglo XIX tan convulso por las guerras, como lleno de hallazgos brillantes por sus descubrimientos y osadía para con la ciencia.

Nunca se puede olvidar que este hombre tan grande, librepensador como era, tan poco ortodoxo, defensor de las libertades individuales del hombre y de su derecho a la autodeterminación, siempre quiso decir a los niños la verdad por dura que resultara; eternamente habló a la infancia de todos "*los pesares profundos entre las penas sin nombre*" con tal que, desde niños, los ciudadanos del mañana supieran construir una América diferente, más libre y plena, más rica en posibilidades, más feliz y satisfecha de sí misma. Para conseguir algo así, muchas veces lo dijo Martí, resultaba necesario dibujar un nuevo trazado el mundo, pero que naciera en las mentes mismas de los hombres desde que eran niños: un trazado moral donde no hubiera discriminación por las razas, los sexos, los credos o las ideas. Un trazado ideal donde solo se aspirara al mejoramiento humano. Eso quiso Martí decir (y dejarles escrito) a todos los niños de América en *La Edad de Oro*: que no por malo, el mundo no era susceptible de ser un día mejor. Que no por desesperanzadoras las realidades de América, había que sumirse en la desesperanza eterna. Que no por desigual y mal repartido, el universo sería así eternamente. Por eso, en cada texto suyo, sin didactismos y con una poesía envidiable, refleja un mal y propone una cura; denuncia una lacra y deja atisbar una mejora. Por eso queda siempre en la Mora de Trípoli el vano sueño de rescatar la perla que desdeñosa arrojó al océano, queda aprendida por Loppi la lección de que a la fortuna no se le puede exigir más de lo que somos capaces de merecer por nuestras acciones. Por eso no per-



manece en el vacío la solidaridad de Pilar hacia la niña pobre de la playa, ni el amor de Nené por Piedad o el de Bebé por su pobre y despreciado primo Raúl.

En la literatura martiana para la infancia no existen los temas tabú. Él rechazó de plano todo intento de mentir a los pequeños, práctica muy frecuente en su época. Martí quiso legarles toda la luz del pensamiento, aún sabiendo, n como bien sabía por dolorosas experiencias propias, que *“todo el que lleva luz se queda sólo”*. Por eso Bolívar, San Martín, El Padre Las Casas, Hidalgo y tantos próceres más navegan entre estas páginas de la mano de héroes antiguos como Héctor y Aquiles, precedidos por las imágenes de Rafael, Miguel Ángel o Da Vinci, o escoltado por las armonías de un Mozart o un Beethoven.

Nada es casual en *La Edad de Oro*. Todo es una puerta que conduce a otra puerta más ancha todavía. Todo es un puente que se tiende ante el abismo de la ignorancia para conducirnos a otro puente más anchuroso aún en pos del saber. Quizás sea este libro, uno de los que en la literatura infantil cubana más haya trascendido no solo entre los lectores, sino en muchos escritores que bebieron en sus páginas y hoy se sienten deudores de su decir y su sentir.

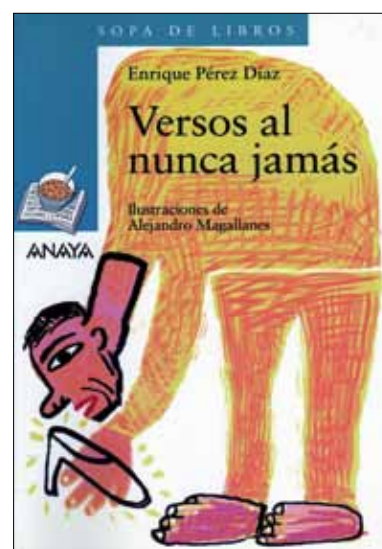
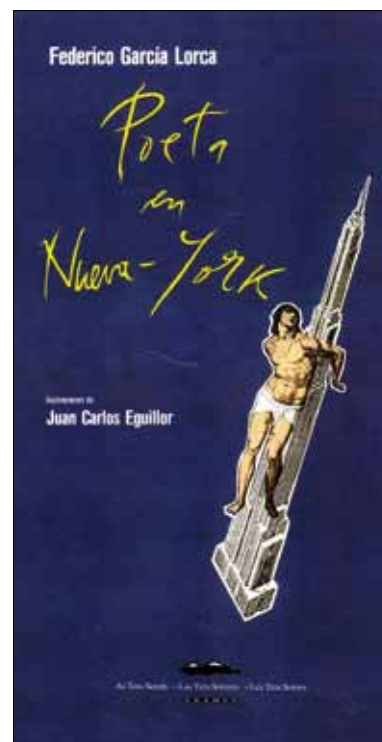
Los poemas de La “Edad de Oro”

La poesía no podía estar ausente en *La Edad de Oro*. Desde la primera revista comenzó publicando “Dos milagros”, exquisito regalo en su aparente simpleza, pero que denota todo un carácter filosófico para adentrarse en los vericuetos de la enseñanza de valores perdurables a la niñez. Con sus bellas imágenes, este magnífico poema nos refleja la durabilidad de lo efímero, el sentimiento que nace en lo más natural y perfecto. La idea de que un rayo de sol reivindique un madero muerto es tan bella, trascendente y sobrecogedora como lo mejor y más granado de toda la creación martiana:

Dos milagros // Iba un niño travieso / Cazando mariposas; / Las cazaba el bribón, les daba un beso, / Y después las soltaba entre las rosas. / Por tierra, en un estero, / Estaba un sicómoro; / Le da un rayo de sol, y del madero / Muerto, sale volando un ave de oro.

Hombre culto como era, José Martí fue traductor y un gran creador de versiones literarias. Su obra, que es un sumum de conocimientos enciclopédicos y humanos, así lo demuestra con creces en más de una oportunidad. Otro de los poemas que se incluyen en *La Edad de Oro* es fruto de esta práctica de adaptar el conocimiento adquirido a su eficaz discurso narrativo o poético. Por eso mismo fue capaz de hacer una versión del “El ruiseñor”, de Hans Christian Andersen o a la fábula de Laboulaye aparecida en su libro *Contes bleu*, o del cuento de Perrault, *Le Petit Poucet*, que había traducido al español como “Pulgarcito”. ¿Por qué no iba a probar sus armas en la poesía, de la cual era un auténtico maestro?

“Cada uno a su oficio” y “Los dos príncipes”, constituyen sendas recreaciones de obras poéticas de dos autores norteamericanos que José Martí conoció. El primero es un divertimento del norteamericano Ralph Waldo Emerson (1803, Boston-1882, Concord). El segundo, su personal versión de un poema de la novelista norteamericana Helen Hunt Jackson (1830-1885), amiga personal, más conocida por su novela *Ramona*, adaptada hasta la saciedad a la televisión y el cine, y en la cual relata el conflicto de la ocupación de la Baja California y el despojo de las tierras a los nativos, contado mediante el amor de una joven californiana por el indio Alejandro. Si Martí adaptó al castellano “Cada uno a su oficio”, es





sencillamente por la intención ética de todo el poema, el hálito de pugna que de él se respira, debe haberle interesado mucho para los propósitos formativos (que no didactistas) de su *Edad de Oro*:

Cada uno a su oficio // (*Fábula nueva del filósofo norteamericano Emerson*)
// *La montaña y la ardilla / Tuvieron su querella: / —“¡Váyase usted allá, presumidilla!” / Dijo con furia aquella; / A lo que respondió la astuta ardilla: / —“Sí que es muy grande usted, muy grande y bella; / Mas de todas las cosas y estaciones / Hay que poner en junto las porciones, / Para formar, señora vocinglera, / Un año y una esfera. / Yo no sé que me ponga nadie tilde / Por ocupar un puesto tan humilde, / Si no soy yo tamaña / Como usted, mi señora la montaña, / Usted no es tan pequeña / Como yo, ni a gimnástica me enseña. / Yo negar no imagino / Que es para las ardillas buen camino / Su magnífica falda: / Difieren los talentos a las veces: / Ni yo llevo los bosques a la espalda, / Ni usted puede, señora, cascar nueces.”*

“*Los dos príncipes*” sí que nos demuestra ser un texto martiano a carta cabal. De hecho, aparece solo presentado como una idea de Helen H. Jackson, lo cual evidencia que nuestro autor depositó mucho de su caudal humano y literario en este hermoso poema sobre la muerte y la desigualdad entre riqueza y pobreza. Aunque se remonte a un ambiente arcaizante por el encerrado y algo sombrío mundo que recrea, el poema aborda, en definitiva, el mismo tema de la desigualdad que da la posesión material, y que luego tocará en una de sus obras más célebres, leídas y recitadas hasta la saciedad por los niños cubanos: “*Los zapaticos de rosa*”, con el cual cierra admirablemente uno de los números de su famosa revista.:

Los dos príncipes // (Idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson). // El palacio está de luto / y en el trono llora el rey, / y la reina está llorando / donde no la pueden ver: / En pañuelos de holán fino / lloran la reina y el rey: / Los señores del palacio / están llorando también. / Los caballos llevan negro / el penacho y el arnés: / Los caballos no han comido, / porque no quieren comer: / El laurel del patio grande / quedó sin hoja esta vez: / Todo el mundo fue al entierro / con coronas de laurel: / —¡El hijo del rey se ha muerto! / ¡Se le ha muerto el hijo al rey! // En los álamos del monte / tiene su casa el pastor: / La pastora está diciendo / “¿Por qué tiene luz el sol?” / Las ovejas, cabizbajas, / vienen todas al portón: / ¡Una caja larga y honda / está forrando el pastor! / Entra y sale un perro triste: / canta allá adentro una voz / “¡Pajarito, yo estoy loca, / llévame donde él voló!”: / El pastor coge llorando / la pala y el azadón: / Abre en la tierra una fosa: / Echa en la fosa una flor: —¡Se quedó el pastor sin hijo! / ¡Murió el hijo del pastor!

La atmósfera de dramatismo *in crescendo* que va adquiriendo el poema se gana de inmediato al lector, que no puede evitar sucumbir ante las imágenes que José Martí ubica progresivamente y que van creando un clima de tristeza y angustia, para demostrar a la postre el carácter de equidad de la muerte, que a todos nos une en su hatillo como lo iguales que somos: hayamos nacido en un grande y hermoso palacio o en la apartada choza de un pobre pastor. El hondo sentimiento que el poema transmite nos devuelve a ese Martí genuino de los *Versos sencillos* y tantos otros poemas al amor imposible o frustrado. Aunque no viene al caso, vale recordar que en *Ramona*, traducida también por él al castellano, late ese mismo Martí que siempre nos asombra por su lirismo sin par.

El tener o no tener, el dar o no dar, el amar o no amar, siempre precedidos de una intención filosófica aparecen en el poema “*La perla de la Mora*”, también muy famoso en Cuba por su publicación en libros ilustrados para niños. La perla viene del mar y a él vuelve cuando una mora despechada la desprecia. —En la imagen de esta Mora orgullosa y desafiante, tan sugestiva como su célebre bailarina española inspirada en la Bella Otero, Martí revela su esencia de poeta romántico y a la vez vanguardista al volverse hacia el exotismo como ideal. Además de ser un canto a lo imposible, el poema tiene también ese aire ciertamente fabulador y de aire irónico que, por momentos, preside muchas de las partes de *La Edad de Oro*:

La perla de la mora // Una mora de Trípoli tenía / Una perla rosada, una gran perla: / Y la echó con desdén al mar un día: / —“¡Siempre la misma! ¡Ya me cansa verla! “ / Pocos años después, junto a la roca / De Trípoli... ¡la gente llora al verla! / Así le dice al mar la mora loca: / —“¡Oh mar! ¡Oh mar! ¡Devuélveme mi perla!”

Llegamos por fin al que quizás sea uno de los más conocidos y trascendentes poemas martianos: “*Los zapatos de rosa*” (imposible de reproducir aquí, debido a su extensión). Pocos textos como este para sensibilizar al lector sobre un tema tabú en la literatura para niños como es la muerte. El nivel de sugerencia del poema lo alejan, sin embargo, de todo intento manido o frustrante, sino que por el contrario da la fuerza transformadora y reivindicadora de la infancia en la posibilidad de hacer un mundo mejor acorde el buen sentimiento que unos tengamos por otros. La playa de “*Los zapatos de rosa*” es, desde este poema, una reivindicación a la esencia de un mundo desigual que solo el ser humano puede hacer equitativo en la medida en que su acción complementa su razón, en virtud del modo en que el corazón programe a esta acción. Pocos poemas se han escrito que hagan palpitar de manera tan evidente una realidad y la sublimen hasta el extremo de que, en medio de su crudeza, seamos capaces de advertir la belleza que se esconde detrás de cada situación descrita o, mejor, sugerida. La imagen imperecedera de Pilar regresando cabizbaja por la playa, ante la inminencia de un regaño materno por haber perdido sus zapatos nuevos, es tan estremecedora como una escena de guerra y muerte. La imagen final, tan sugerida como elocuente, de los zapatos de rosa reposando guardados adentro de una urna de cristal, desgarró el corazón como solo era capaz de hacer un José Martí con su verso tan cautivador como implacable. Recordemos sus poemas sobre la esclavitud o su referencia a la muerte en ese maravilloso canto al amor que es “*La niña de Guatemala*”.

Hemos tenido pues, una somera aproximación al universo poético martiano que, a través de su célebre revista *La Edad de Oro*, se nos da como un todo coherente con su vida, su prédica y el resto de su amplia obra literaria. Del que es uno de los libros más publicados en Cuba y más leído y comentado por generaciones de lectores, no podría estar ausente esa arma eficaz que el apóstol cubano empleó a lo largo de su corta pero fructífera existencia: la poesía como redención de la palabra y ésta como horma del sentimiento, el sentimiento como crisol de la especie humana, y ésta, con todos sus defectos y lacras conocidas, como única posibilidad de redención del futuro.

